

labios, y se debate en vano bajo el peso abrumador de la reprobación.

Entonces, el demonio de la falsa sabiduría se levanta con una gravedad parecida á una triste locura. La fingida severidad de su voz, la calma aparente de sus espíritus engañan á la deslumbrada multitud, cual una hermosa flor que se mece sobre un tallo envenenado, seduce á los hombres y les da la muerte; disfrázase bajo el aspecto de un viejo maestro de una de aquellas escuelas esparcidas en Atenas y Alejandria. Su cana cabellera coronada con una rama de olivo, y su cabeza medio calva previenen al pronto en su favor; pero cuando se le considera mas de cerca, descúbrese en él un abismo de bajaesa é hipocresía y un odio monstruoso á la verdadera razón. Su crimen empezó en el cielo con la creación de los mundos, cuando estos fueron entregados á sus vanas disputas. Vituperó las obras del Todopoderoso, intentando en su orgullo establecer otro orden entre los ángeles y en el imperio de la soberana sabiduría; fue padre del Ateísmo, fantasma execrable que el mismo Satanás no habia engendrado, y que se enamoró de la Muerte cuando esta se presentó en los infiernos. Pero aunque el demonio de las doctrinas funestas se envanece de sus luces, sabe no obstante cuan funestas son á los mortales, y triunfa de los males que causan á la tierra. Mas culpable que todos los ángeles rebeldes, conoce su propia perversidad y la convierte en un título de gloria. Esta falsa sabiduría, posterior á los tiempos, habló en estos términos á la asamblea de los demonios:

«¡Monarcas del infierno! ya sabeis que siempre he sido opuesto á la violencia. No alcanzaremos la victoria sino por el raciocinio, la dulzura y la persuasión. Dejadme difundir entre nuestros adoradores y aun entre los mismos cristianos esos principios que disuelven los lazos de la sociedad y minan los cimientos de los imperios. Ya Hierocles, ministro querido de Galerio, se ha arrojado á mis brazos, y las sectas se multiplican. Entregaré los hombres á su propia razón, y les enviaré á mi hijo el Ateísmo, amante de la Muerte y enemigo de la Esperanza, y llegarán hasta el punto de negar la existencia del que los crió. No necesitáis dar combates de resultado siempre incierto; yo sabré obligar al Eterno á que destruya segunda vez su obra.»

A este discurso del espíritu mas profundamente corrompido del abismo, los demonios aplaudieron en tumulto. El estrépito de esta lamentable alegría se prolongó bajo las bóvedas infernales. Los réprobos creyeron que sus perseguidores acababan de inventar nuevos tormentos. Al punto, las almas que no estaban encerradas en sus hogueras, se escaparon de las llamas y acudieron presurosas al consejo, arrastrando consigo alguna parte de sus suplicios: una, su sudario abrasado, otra su capa de plomo; esta, los cáramanos que pendían de sus ojos llenos de lágrimas, aquella, las serpientes que la devoraban. Los horrosos espectadores de tan horroroso senado ocupan sus asientos en las ardientes tribunas. Asustado el mismo Satanás, llama á los espectros custodios de las sombras, las vanas Quimeras, los Sueños funestos, las Harpías de sucias garras, el Espanto de asombroso semblante, la Venganza de torva mirada, los Remordimientos que nunca duermen, la inconcebible Locura, los pálidos Dolores y la implacable Muerte.

«Volved, grita, á esos culpables á sus cadenas, ó temed que Satanás os aherroje con ellos.»

¡Inútiles amenazas! Los fantasmas se mezclan con los réprobos, y quieren á su ejemplo asistir al consejo de sus reyes. Hubiérase acaso visto un horroroso combate si Dios que mantiene su justicia, como autor único del orden, hasta en los infiernos, no hubiere hecho cesar el tumulto. Estendió su brazo y la sombra de su mano se dibujó en la pared de la sala

maldita. Al punto, se apoderó un profundo terror de las almas perdidas y de los espíritus rebeldes; las primeras volvieron á sus tormentos; los segundos, despues que la mano divina se hubo retirado, reanudaron su deliberación.

El demonio de la lujuria, procurando sonreír sobre el asiento en que estaba muellemente reclinado, hace un esfuerzo y levanta la cabeza. El mas hermoso de los ángeles caídos despues del rebelde arcángel, ha conservado una parte de las gracias con que le habia adornado el Criador; pero en el fondo de sus miradas tan dulces, á través del encanto de su voz y sonrisa, se descubre cierto indicio de perfidia y veneno. Nacido para el amor, y eterno habitante de la region del odio, sobrelleva con impaciencia su infortunio; pero harto débil para prorumpir en gritos de rabia, se limita á llorar y pronuncia estas palabras entrecortadas por hondos suspiros:

«Dioses del Olimpo, y vosotras á quienes conozco menos, divinidades del brama y del druida, no intento ocultarlo: si! el infierno me pesa. Vosotros no ignorais que yo no alimentaba contra el Eterno motivo alguno de odio, y que he seguido únicamente en su rebelion y caída á un ángel á quien amaba. Mas, puesto que he caído del cielo con vosotros, quiero á lo menos vivir mucho tiempo en medio de los mortales, y no me dejaré desterrar de la tierra. Tiro, He-liopolis, Pafos, y Amatonta me llaman. Mi estrella resplandece aun sobre el monte Libano, pues allí tengo templos encantadores, fiestas graciosas, gratos emblemas que me arrebatan en medio de los aires, flores, inciensos, perfumes, frescos céspedes, bailes voluptuosos y risueños sacrificios. ¡Y los cristianos me arrancarian este ligero desquite de las alegrías celestiales! ¡El mirto de mis bosquecillos que da al infierno tantas victimas, seria transformado en cruz salvaje, que multiplica los habitantes del cielo! ¡No! yo haré conocer hoy mi poder. Para vencer á los discípulos de una ley severa, no son menester, ni violencia ni sabiduría; armaré contra ellos las pasiones, y este ceñidor os responde de la victoria. En breve, mis caricias habrán enervado á esos duros servidores de un Dios casto. Domaré las vírgenes rígidas é iré á perturbar hasta en su desierto á esos anacoretas que creían sustraerse á mis seducciones. El ángel de la sabiduría se congratula por haber arrebatado á Hierocles al poder de nuestro enemigo; pero Hierocles tambien es fiel á mi culto; ya he encendido en su pecho llama criminal, y sabré mantener mi obra, solazándome en ello, y conducir á los hombres por medio de las delicias, á participar de vuestros dolores.»

Al terminar estas palabras, Astarté se dejó caer lánguidamente sobre su blando asiento.

Quiso sonreír, pero la serpiente oculta debajo su ceñidor, le hirió secretamente el corazón; el débil demonio palideció, y los espertos caudillos de las hordas infernales adivinaron su herida.

No obstante, como los tres pareceres tenian dividido aquel horrible sanhedrin, Satanás impuso silencio á la asamblea:

«¡Compañeros! vuestros consejos dignos son de vosotros; pero en lugar de elegir entre opiniones igualmente sabias, sigamos las tres para obtener un resultado brillante, y llamemos tambien en nuestro auxilio á la Idolatría y al Orgullo. Yo despertaré la superstición en el corazón de Diocleciano y la ambición en el alma de Galerio. Todos vosotros, dioses de las naciones, secundad mis esfuerzos; id, volad, escitad el celo del pueblo y los sacerdotes. Subid al Olimpo, haced revivir las fábulas de los poetas; que los bosques de Dodona y Dafne hagan oír nuevos oráculos; dividase el mundo entre los fanáticos y los ateos; los dulces venenos del deleite enciendan pasiones sin

freno, y de todos estos males reunidos hagamos nacer una espantosa persecucion contra los cristianos.»

Así habló Lucifer: tres veces golpea su trono con el flamígero cetro; tres veces las concavidades del abismo retumban con prolongado mugido. El Caos, único y sombrío vecino del infierno, se estremece á la par, se entreabre y deja pasar á través de su opaco seno un moribundo rayo de luz que baja hasta la noche de los réprobos. Nunca se presentara Satanás mas formidable desde el dia en que, renunciando á la obediencia, se declaró enemigo del Eterno. Al punto las legiones se levantan, salen del consejo, atraviesan la mar de lágrimas, la region de los suplicios, y vuelan hácia la puerta custodiada por el Crimen y la Muerte. Vese desfilar la innumera tropa al resplandor siniestro de los encendidos hornos, á la manera que en una gruta subterránea revolotean á la luz de una antorcha esas aves dudosas cuyas alas parecen tejidas por un insecto impuro.

Debajo del vestíbulo del palacio de los infiernos, delante del lecho de hierro donde reposa la Eternidad de los dolores, está colgada una lámpara, en que arde la llama primitiva de la cólera celestial que encendió las hogueras perdurables; Satanás toma una chispa de este fuego. Parte: del primer salto toca la bóveda estrellada; del segundo llega á la morada de los hombres. Lleva la chispa fatal á todos los templos; enciende de nuevo los fuegos apagados sobre los altares de los ídolos; al punto, Palas blande su lanza, Baco agita su tirso, Apolo estiende su arco, el Amor sacude su antorcha, los viejos Penates de Eneas murmuran palabras misteriosas, y los dioses de Ilión profetizan en el Capitolio. El padre de la mentira coloca una ilusión en cada simulacro de las divinidades paganas; y dirigiendo los movimientos de sus invisibles cohortes, hace maniobrar de concierto contra la iglesia de Jesucristo el ejército entero de los demonios.

LIBRO NOVENO.

SUMARIO. Continúa la narración de Eudoro. Eudoro en la corte de Constancio. Pasa á la isla de los bretones. Regresa á las Galias. Es nombrado comandante de la Armórica. Las Galias. La Armórica. Episodio de Velleda.

DEMASIADO fiel á sus promesas, el demonio de los placeres bajó á los dorados artesones á cuya sombra habitaba el discípulo de los falsos sabios. Despierta en su corazón una llama amortiguada; presenta á sus deseos la imagen de la hija de Homero, y le atraviesa con una flecha empapada en las aguas que cubren las humeantes ruinas de Gomorra. Si Hierocles hubiera podido ver en aquel momento mismo á la sacerdotisa de las Musas herida por el dardo de ajeno amor; si hubiese podido verla, fijos los ojos en Eudoro, que se dispone á proseguir la historia de sus aventuras; ¡qué celos tan crueles no hubieran abrasado el alma del enemigo de los cristianos! ¡Ah! los estragos de estos celos solo están suspendidos por algunos dias. La familia de Lastenes goza con sus amables huéspedes los últimos momentos de paz que el cielo le concede en la tierra. Reunidos al amanecer, como el dia anterior, Lastenes, sus hijas y su esposa, Cirilo, Demodoco y Cimodocia, y sentados á la puerta del jardín, prestan atento oído al arrepentido guerrero, que vuelve á hablar en estos términos:

«Os he dicho, señores, que Zacarias me habia dejado en la frontera de las Galias, á sazón en que Constancio se hallaba en Lutecia. Despues de muchos dias de fatiga, llegué al país de los belgas (1) del Secua-

na. El primer objeto que llamó mi atención en las lagunas de los parisios, fue una torre octógona, consagrada á ocho dioses galos. Hácia el Mediodía, á dos mil pasos de Lutecia y mas allá del rio que la ciñe, se descubria el templo de Heso; mas cerca, en una pradera orillas del rio, descollaba otro templo consagrado á Isis, y hácia el Norte, sobre una colina, veíanse las ruinas de otro templo, antiguamente erigido en honor de Teutatés. Esta colina era el monte de Marte, donde Dionisio habia recibido la palma del martirio.

«Al aproximarme al Secuana, descubrí á través de una cortina de sauces y nogales, sus límpidas y transparentes aguas, de excelente sabor, y que pocas veces crecen ó disminuyen. Varios jardines plantados de algunas higueras que habian sido rodeadas de paja para preservarlas de los hielos, formaban el único adorno de sus márgenes. Costóme algun trabajo descubrir la aldea que buscaba, cuyo nombre es Lutecia, es decir, la hermosa piedra ó la hermosa columna. Un pastor me la mostró al fin en medio del Secuana, en una isla que se prolonga á manera de bajel. Dos puentes de madera, defendidos por dos castillos, en que se paga tributo á César, establecen la comunicación entre esta miserable aldea y las dos orillas opuestas del rio.

«Entré en la capital de los parisios por el puente del Norte, y solo vi en el interior de la aldea chozas de madera cubiertas de paja y calentadas con hornillos. No advertí sino un solo monumento: un altar erigido en honor de Júpiter por el gremio de los navegantes. Pero en la parte exterior de la isla y al lado opuesto del brazo meridional del Secuana, veíanse sobre la colina de Lucoticio un acueducto romano, un circo, un anfiteatro y el palacio de las Termas, habitado por Constancio.

«Al saber César que me hallaba á la puerta de su palacio, exclamó:

«—¡Permitase la entrada al amigo de mi hijo!

«Me arrojé á los pies del príncipe, que me levantó con benignidad, me honró con sus elogios delante de su corte, y tomándome de la mano, me hizo pasar con él á la sala del consejo. Le referí lo que me habia ocurrido entre los francos. Constancio pareció alegrarse de que estos pueblos accediesen al fin á dejar las armas, é hizo marchar en el acto á un centurion para tratar de la paz con ellos. Advertí con dolor que la palidez y debilidad de Constancio habian aumentado.

«En el palacio de este príncipe hallé reunidos á los fieles mas ilustres de la Galia é Italia. Allí brillaban Donaciano y Rogaciano, amables hermanos; Gervasio y Protasio, el Orestes y el Pilades de los cristianos; Prócula, de Marsella; Justo, de Lugdunum; y finalmente, el hijo del prefecto de las Galias, Ambrosio, modelo de ciencia, firmeza y candor. Como de Jenofonte, decíase de él que habia sido criado por unas abejas; la Iglesia esperaba en él un orador y un hombre eminente.

«Yo tenia un vehemente deseo de saber del mismo Constancio los cambios ocurridos en la corte de Diocleciano, desde mi cautiverio. Al punto me hizo llamar á los jardines del palacio, que descenden en forma de anfiteatro sobre la colina de Lucoticio hasta la pradera donde se ostenta el templo de Isis, orillas del Secuana.

«—Eudoro, me dijo, vamos á combatir á Carrausio y á librar la Bretaña, (2) de ese tirano, usurpador de la púrpura imperial. Pero antes de marchar á esta provincia, conviene conozcas el estado de los negocios en Roma, para que arregles tu conducta á lo que voy á decirte. Recordarás tal vez que cuando fuiste á buscarme á las Galias, Diocleciano iba á pacificar

(1) Los habitantes de la isla de Francia.

(2) La Inglaterra.



EUDORO HERMO Y HALLADO EN EL CAMPO DE BATALLA.

el Egipto y Galerio á combatir los persas. Este último ha obtenido la victoria; y desde este momento su orgullo y ambición no han conocido límites. Háse enlazado con Valeria, hija de Diocleciano, y manifiesta desembozadamente el deseo de llegar al imperio, obligando á su suegro á abdicar. Diocleciano que empieza á envejecer, y cuyo espíritu debilita una enfermedad, ya casi no puede resistir á un ingrato. Las hechuras de Galerio triunfan; Hierocles, tu enemigo goza de gran favor y ha sido nombrado procónsul del Peloponeso, tu patria. Mi hijo está espuesto á mil peligros, pues Galerio ha intentado hacerle perecer obligándole una vez á luchar con un león, y otra, encargándole una empresa peligrosa contra los sármatas. Por último, Galerio favorece á Magencio, hijo de Maximiano, y aunque en el fondo no le ama, lo hace únicamente porque ve en él un rival de Constantino. Así pues, Eudoro, todo anuncia que nos acercamos á una revolución. Pero mientras me quede un soplo de vida, no temo la saña de Galerio. Logre mi hijo, evadirse de sus guardias, venga á reunirse con su padre, y entonces se sabrá que el amor de los pueblos es para los príncipes una muralla inespugnable.»

«Algunos días después de esta conversacion, partimos hácia la isla de los bretones, separada por el Océano del resto del mundo. Los pietos habian atacado la muralla de Agrícola, inmortalizada por Tácito. Por otra parte, Carrausio, con el objeto de resistir á Constancio, habia sublevado los restos de las antiguas facciones de Caractaco y de la reina Boudicea. Así nos vimos envueltos á la vez en los azares de las discordias civiles y en los horrores de una guerra extranjera. Un poco de valor natural á la sangre de que procedo y una serie de hechos prósperos me condujeron de grado en grado hasta la categoría de primer tribuno de la legion británica. En breve fui creado general de la caballería, y mandaba el ejército cuando los pietos fueron vencidos bajo los muros de Petuaria, (1) colonia que los parisios de las

(1) Bereilev, en el condado de Yorh, en Inglaterra.

Galias han fundado en la márgen del Albo. (2) Ataque á Carrasio sobre el Támesis, (3) río cubierto de cañas, que baña la pantanosa aldea de Londinum. (4) El usurpador habia escogido este campo de batalla, porque los bretones se creían invencibles en él. Allí se elevaba una antigua torre, desde cuya altura un bardo anunciaba en sus cantos proféticos no sé que sepulturas cristianas que debían dar honor á aquel lugar. (5) Carrausio fue vencido y asesinado por sus soldados, y Constancio me dejó toda la gloria de este hecho de armas, enviando al emperador mis cartas coronadas de laureles. Solicité y obtuve para mí la estatua y los honores que han inmortalizado este triunfo. Poco después volvimos á las Galias; y queriendo César darme una nueva prueba de su poderosa amistad, me creó comandante de las comarcas armoricanas. Dispúsemme pues á partir á estas provincias, donde florecía aun la religion de los druidas, y cuyas costumbres se veían insultadas con frecuencia por las flotas de los bárbaros del Norte.

«Terminados los preparativos de mi viaje, Rogaciano, Sebastian, Gervasio, Protasio y todos los cristianos del palacio de César acudieron á despedirse de mí.

«—Acaso nos encontraremos de nuevo en Roma, me dijeron, en medio de las persecuciones y las pruebas. ¡Ojalá la religion nos una un día en la muerte, como antiguos amigos y dignos cristianos!

«Empleé muchos meses en visitar las Galias antes de trasladarme á mi provincia. Nunca país alguno presentó mezela igual de costumbres, religiones, civilización y barbarie: dividido entre los griegos, los romanos y los galos, entre los cristianos y los adoradores de Júpiter y de Teutatés, ofrece todos los contrastes imaginables.

«Estensas vías romanas se dilatan á través de las

(2) El Humbler.

(3) El Támesis.

(4) Londres.

(5) Westminster.



VUELTA DE SATANÁS A LOS INFIERNOS.

selvas drúidas. En las colonias de los vencedores y en medio de los bosques salvajes, descúbrese los mas hermosos monumentos de la arquitectura griega y romana; grandes acueductos de tres órdenes de galerías suspendidos sobre los torrentes, anfiteatros, capitolios y templos de admirable elegancia; y á escasa distancia de estas colonias se hallan las chozas redondeadas de los galos, sus fortalezas de vigas y piedras, á cuya puerta se ven clavados piés de lobas, esqueletos de buhos y osamentas de muertos. En Lugdunum, Narbona, Marsella y Burdigalia, la juventud gala se ejercita con éxito feliz en el arte de Demóstenes y Cicerón, mientras que á algunos pasos mas allá, en la montaña, solo se escucha ya un lenguaje toscosemejante al graznido del cuervo. Un castillo romano descuellaba sobre la cresta de un peñasco; una capilla cristiana se eleva en el fondo de un valle, cerca del altar donde el sacerdote galo deguellaba la víctima humana. He visto á un soldado legionario velar en medio de un desierto sobre las murallas de un campamento, y al gallo, convertido en senador, abrazar su toga romana en los matorrales de sus bosques. He visto las viñas de Falerno sazonarse en los ribazos de Augustodunum, el olivo de Corinto florecer en Marsella y la abeja del Atica perfumar á Narbona.

«Pero lo que se admira por donde quiera en las Galias, lo que constituye el principal carácter de este país son los bosques. Vénse aquí y allá en su dilatado recinto algunos campamentos romanos abandonados, donde se hallan sepultados los esqueletos del ginete y del caballo. Las semillas que los soldados plantaron en otro tiempo para su alimento, forman como especies de colonias extranjeras y civilizadas en medio de las plantas indígenas y silvestres de las Galias. Yo no podía contemplar sin experimentar cierta ternura aquellos vegetales domésticos, algunos de los cuales, originarios de la Grecia, hallábase esparcidos por las colinas y á lo largo de los valles, según las costumbres que habian importado de su suelo na-

tal. Así las familias desterradas conceden su preferencia á los lugares que les traen á la memoria su patria.

«Aun recuerdo hoy haber hallado á un hombre entre las ruinas de uno de estos campamentos romanos: era un pastor de los bárbaros. Mientras sus cerdos famélicos acababan de destruir la obra de los señores del mundo, desenterrando las raíces que crecían debajo de los muros, él, tranquilamente sentado sobre los restos de una puerta decumana, oprimía bajo el brazo un pellejo henchido de viento, animando de esta manera una especie de flauta cuyos sonidos tenían cierto genero de dulzura. Al considerar con cuán profunda indiferencia hollaba aquel pastor el campamento de los Césares, y cuanto prefería su rústico instrumento y su sayo de piel de cabra á los mas gigantescos recuerdos, yo hubiera debido conocer que se necesita muy poco para pasar la vida; y que en suma, en término tan fugaz, es harto indiferente haber estremecido la tierra al son del clarín, ó encantado los bosques con las toscas armonías de una gaita.

«Llegué al fin al país de los redones (1). La Armórica no presentó á mi vista sino malezas, bosques, estrechos y profundos valles, atravesados por rios de escasa corriente que no sube el navegante, y que llevan al mar desconocidas aguas: region solitaria, triste, tempestuosa, envuelta en densas nieblas, que resuena al estridor de los vientos, y cuyas costas erizadas de escarpadas rocas, bate ronco un océano salvaje.

«El castillo de mi mando, situado á algunas millas del mar, era una antigua fortaleza de los galos, ensanchada por Julio César, cuando llevó la guerra á los venetos (2) y curiosolitas. (3) Estaba construido so-

(1) Los pueblos de Rennes, etc.

(2) Los habitantes de Vannes.

(3) Pueblos de las inmediaciones de Dinan.

bre un peñasco, apoyado en un bosque y bañado por un lago.

«Allí, separado del resto del mundo, viví durante muchos meses en la soledad. Este refugio me fue muy útil, porque descendí al fondo de mi conciencia, sondeé las llagas que no me había atrevido á tocar desde mi separación de Zacarias, y me ocupé del estudio de mi religión. Cada día perdía un poco de esa tan amarga inquietud que alimenta el comercio de los hombres, y contaba ya con una victoria que hubiera exigido fuerzas superiores á las mías. Mi alma estaba aun enteramente debilitada por mi primera indiferencia y mis viciosas costumbres; y hasta encontraba en las antiguas dudas de mi espíritu y en la enervación de mis sentimientos cierto encanto que me detenía; mis pasiones eran como unas mujeres seductoras que me encadenaban con sus pérdidas caricias.

«Un acontecimiento imprevisto interrumpió súbitamente unas investigaciones cuyo resultado debía encerrar tanta importancia para mí.

«Los soldados me avisaron que desde algunos días una mujer salía de los bosques al cerrar la noche, entraba sola en una barca y atravesando el lago, desembarcaba en la opuesta orilla y desaparecía.

«Yo no ignoraba que los galos confían á las mujeres los mas importantes secretos, y que con frecuencia someten á un consejo de sus hijas y esposas los negocios que no han podido arreglar entre sí. Los habitantes de la Armórica habían conservado sus primitivas costumbres y se doblegaban con repugnancia, al yugo romano. Valientes hasta la temeridad como todos los galos, se distinguen por una franqueza peculiar de carácter, por sus odios y amores violentos y por cierta pertinacia que nada alcanza á mudar ni vencer.

«Una circunstancia particular hubiera podido tranquilizarme: había muchos cristianos en la Armórica, y los cristianos son súbditos fieles; pero Clario, pastor de la Iglesia de los redones, y varon adornado de virtudes, se hallaba á la sazón en Condivino, (1) y solo él podía darme las noticias que me faltaban. El menor deseo de perderme en el concepto de Diocleciano y comprometer á Constancio, mi generoso protector. Creí pues, no debía despreciar el informe de los soldados; pero como conocía la brutalidad de aquellos hombres, resolví tomar á mi cargo el cuidado de observar á la gala.

«Al anochecer cené mis armas, que cubrí con un manto y saliendo secretamente del castillo, fui á situarme á la orilla del lago en el paraje que los soldados me habían indicado.

«Oculto detrás de los peñascos, había esperado durante algun tiempo sin que objeto alguno se ofreciera á mi vista, cuando súbitamente hirieron mi oído unos sonidos que el viento me traía desde el lago. Escucho y percibo acentos de voz humana, y al mismo tiempo descubro un esquife suspendido en la cima de una ola; vuelve á bajar, desaparece entre dos olas, y muéstrase de nuevo en la movible eminencia de otra ola, y se acerca á la orilla; una mujer lo conducía. Esta mujer, que cantaba luchando con la tempestad, parecía complacerse en medio de los vientos; y al ver hasta qué punto los arrostraba, hubiérase dicho que estaban bajo su poder. Yo la veía arrojar alternativamente en sacrificio en el lago, piezas de tela, vellones de oveja, panes de cera y pequeñas ruedas de oro y plata.

«En breve toca la orilla, salta en tierra, ata su barquichuela al tronco de un sauce, y se interna en el bosque, apoyándose en el remo de álamo que en la mano tenía. Pasó muy cerca de mí sin verme. Su estatura era alta, y una túnica negra, corta y sin

mangas, servía de escaso velo á su desnudez. Llevaba una segur de oro suspendida de un ceñidor de metal, y una rama de encina coronaba su frente. La blancura de sus brazos y tez, sus ojos azules, sus labios de rosa y sus largos cabellos rubios que sueltos flotaban, anunciaban la hija de los galos y formaban extraño contraste con su altiva y salvaje actitud. Cantaba con melodiosa voz palabras terribles, y su desnudo pecho se deprimía y elevaba cual la espuma de las olas.

«Seguila hasta cierta distancia. Primero atravesó un castañar, cuyos árboles viejos como el tiempo, mostraban casi todos secas las copas. Marchamos luego mas de una hora por un erial cubierto de musgo y helechos. Al confin del erial hallamos un bosque, y en medio de este otro matorral de muchas millas de circunferencia. En su terreno, nunca desmontado, habíanse aglomerado muchas piedras para hacerlo inaccesible á la hoz y al arado. A la estremidad de este arenal, se levantaba uno de esos peñascos aislados que los galos llaman *dolmin*, y que señalan el sepulcro de algun guerrero. Un día contemplaré el labrador, en medio de sus surcos, esas informes pirámides, y atónito ante la magnitud del monumento, atribuiré tal vez á potencias invisibles y funestas lo que solo será el testimonio de la fuerza y la rudeza de sus progenitores.

«La noche dominaba el mundo. La jóven se detuvo no lejos de la piedra, y dió tres palmadas, pronunciando en alta voz estas misteriosas palabras.

«¡ Al muérdago del año nuevo! »

«Al punto vi brillar en la profundidad del bosque mil luces; cada encina produjo, por decirlo así, un galo, pues los bárbaros salieron en tropel de sus albergues; unos enteramente armados, llevando otros una rama de encina en la mano derecha, y una antorcha en la izquierda. A favor de mi disfraz, me confundí con la multitud: empero al primer desorden del numeroso concurso, sucedieron en breve el orden y recogimiento, empezando una solemne procesion.

«Los sacerdotes marchaban á la cabeza, conduciendo dos toros blancos, que debían servir de víctimas; los bardos les seguían cantando sobre una especie de guitarra, alabanzas á Teutatés; en pos de ellos venían los discípulos, acompañados de un heraldo ó rey de armas, vestido de blanco, cubierto con un sombrero terminado en dos alas y llevando en la mano un ramo de verbena, rodeada de dos serpientes.

«Tres senanis, (2) representando tres druidas, marchan en pos de los heraldos; uno llevaba un pan, otro un vaso lleno de agua, y el tercero una mano de marfil. En fin, la druidesa (entonces reconocí su profesion) cerraba la comitiva, y ocupaba el puesto del archidruida de quien descendía.

«Adelantáronse todos hácia la encina de treinta años, en que se había descubierto el muérdago sagrado. Improvisóse al pié del árbol un altar de cesped, y los senanis quemaron en él un poco de pan, rociándolo con algunas gotas de vino puro. Luego un sacerdote vestido de blanco se encaramó sobre la encina, cortó el muérdago con la segur de oro de la druidesa, y un manto blanco estendido debajo del árbol, recibió la planta bendita; los demás sacerdotes sacrificaron las víctimas, y el muérdago dividido en partes iguales, fue distribuido entre la multitud.

«Finalizada esta ceremonia, volvieron todos á la piedra del sepulcro, y clavaron en tierra una espada desnuda, para indicar el centro del *malus* ó del consejo; al pié del *dolmin* estaban apoyadas otras dos piedras que sustentaban otra, horizontalmente colocada. La druidesa sube á esta tribuna: los galos en pié y armados la rodean, mientras los senanis y sacer-

(2) Filósofos galos que sucedieron á los druidas.

dotes encienden antorchas; los corazones experimentaban una secreta ternura ante aquella escena, que les traía á la memoria la antigua libertad. Algunos guerreros de nevada cabellera, derramaban gruesas lágrimas que rodaban sobre sus escudos. Inclinaos todos hácia delante y apoyados sobre sus lanzas, parecían ya atentos á las palabras de la druidesa.

«Esta recorrió algun tiempo con sus miradas aquellos guerreros, representantes del primer pueblo que osó decir á los hombres: «¡ Ay de los vepcidos! » imprecacion impia que en aquel momento abrumaba su cabeza. Leíase en el semblante de la druidesa la emocion profunda que le causaba aquel elocuente ejemplo de las vicisitudes de la fortuna. Pero saliendo en breve de sus reflexiones, pronunció este discurso: »

«¡ Fieles hijos de Teutatés, vosotros que en medio de la esclavitud de vuestra patria habeis conservado la religion y las leyes de vuestros padres: no puedo contemplaros aqui sin verter copiosas lágrimas! ¿ Son estos los restos de aquella nacion que daba leyes al mundo? ¿ Do están aquellos florecientes estados de la Galia, y aquel consejo de mujeres á que se sometió el gran Anibal? ¿ Do aquellos druidas que educaban en sus colegios sagrados una juventud numerosa? ¿ Proscritos por los tiranos, apenas ya algunos de ellos arraistran una existencia ignorada en cavernas salvajes! Velleda, una débil druidesa; ¡ hé aqui todo lo que hoy os queda para cumplir vuestros sacrificios! ¡ Oh isla de Saina, isla venerable y sagrada! ¡ yo he quedado sola de las nueve vírgenes que servian tu santuario! Pronto Teutatés no tendrá ya ni sacerdotes ni altares. ¿ Pero por qué perderíamos la esperanza? Debo anunciaros los auxilios de un poderoso aliado; ¿ necesitariáis que os hiciese la pintura de vuestros sufrimientos, para haceros correr á las armas? Esclavos al nacer, no bien habeis pasado de la edad primera, cuando ya los romanos se apoderan de vosotros. ¿ Cuál es vuestro destino? Lo ignoro. Al llegar á la edad viril, vais á morir en las fronteras, en defensa de vuestros tiranos, ó á abrir el surco que les alimenta. Condenados á los trabajos mas ásperos, desmontais vuestros bosques, construís con fatigas inauditas los caminos que introducen la esclavitud hasta el corazon de vuestro país: la servidumbre, la opresion y la muerte se precipitan á estos caminos, exhalando gritos de horrible alegría, al punto que el paso les queda abierto. Finalmente, si sobrevivís á calamidades tantas, sois conducidos á Roma; y encerrados allí en un anfiteatro, os veis obligados á daros recíproca muerte, para divertir con el sangriento espectáculo de vuestra cruel agonía á un populacho feroz. ¡ Galos! hay una manera mas digna de vosotros de visitar á Roma. ¡ Recordad que vuestro nombre significa viador. ¡ Presentaos súbitamente en el Capitolio, semejantes á aquellos terribles viajeros, vuestros abuelos y ascendientes! ¿ Se os reclama en el anfiteatro de Tito? Pues bien: ¡ partid! ¡ obedeced á los ilustres espectadores que os llaman! Id á enseñar á los romanos á morir, pero de un modo muy diferente que derramando vuestra sangre en sus execrables fiestas; bastante tiempo han estudiado la leccion: hacédsela practicar! Lo que os propongo no es imposible. Las tribus de los francos, que se habían establecido en España, regresan actualmente á su país; su flota está á la vista de vuestras costas, y solo aguardan una señal para volar á vuestro auxilio. Pero si el cielo no corona vuestros dignos esfuerzos; si la fortuna de los Césares debe triunfar de nuevo, ¡ no importa! iremos á buscar con los francos un rincón del mundo donde la esclavitud sea desconocida. Que los pueblos extranjeros nos concedan ó nos nieguen una patria, no puede faltarnos una tierra donde vivamos ó espiramos.»

«No acierto á pintaros, señores, el mágico efecto

de este discurso, pronunciado al indeciso resplandor de las antorchas, sobre unas malezas, al pié de un sepulcro, en medio de la sangre de los mal degollados toros, que confundían sus postreros mugidos con el rechinante silbido de la tempestad; no de otra manera se representan esas asambleas de los espíritus de tinieblas, que los mágicos invocan durante la noche en lugares salvajes. Las imaginaciones exaltadas no dejaron autoridad alguna á la razon, por lo cual quedó resuelta, sin deliberar, la reunion á los franeos. Tres veces un guerrero intentó hacer oír un parecer contrario, y tres veces le fue impuesto silencio; á la tercera, el heraldo de armas le cortó un pedazo de su manto.

«Todo esto era el triste prelude de una escena espantosa. La muchedumbre pidió á grandes gritos el sacrificio de una víctima humana, para que la voluntad del cielo fuese mejor conocida; los druidas reservaban en otro tiempo para este sacrificio á algun malhechor, condenado de antemano por las leyes. La druidesa se vió precisada á declarar que, puesto que no había víctima designada, la religion pedía á un viejo, como el holocausto mas acepto á Teutatés.»

«Al punto se trajo una gran fuente de hierro, sobre la cual Velleda debía degollar al viejo, y fue colocada en tierra, delante de la druidesa. Aun no había esta bajado de la tribuna fúnebre desde donde había arengado al pueblo; pero se había sentado sobre un triángulo de bronce, las vestiduras en desorden, desmelenada la cabellera, con un puñal en la mano y una antorcha encendida á sus piés. Ignoro cómo hubiera concluido tal escena; yo hubiera probablemente sucumbido bajo el hierro de los bárbaros, si hubiese intentado interrumpir el atroz sacrificio; pero el cielo, en su bondad ó en su cólera, puso fin á mis perplejidades. Los astros descendían al Occidente, y los galos temiendo ser sorprendidos por la luz, resolvieron esperar para ofrecer la abominable hostia, á que Dis, padre de las sombras, trajese á los cielos otra noche. La muchedumbre se dispersó por entre los matorrales, y las antorchas se apagaron; solo algunas, agitadas por el viento, brillaban aun aquí y allá en la profunda espesura del bosque, mientras se oía el coro lejano de los bardos, que cantaban al retirarse estas lúgubres palabras: »

«Teutatés quiere sangre: ha hablado en la encina de los druidas. El muérdago sagrado ha sido cortado con una segur de oro en el sexto día de la luna, en el primer día del siglo. Teutatés quiere sangre: ha hablado en la encina de los druidas.»

«Dime priesa á volver al castillo y convoqué las tribus galas. Ya reunidas al pié de la fortaleza, les declaré que conocía su asamblea sediciosa y los complots que contra César forjaban.»

«Los bárbaros quedaron helados de espanto, pues rodeados de romanos, se creyeron próximos á su último instante. De improviso, hácese oír prolongados gemidos: una turba numerosa de mujeres se precipita en la sala. Estas mujeres eran cristianas, y llevaban en sus brazos á sus hijos recién bautizados; todas caen á mis piés y me piden perdon para sus esposos, hijos y hermanos; me presentan sus tiernos hijos y me suplican en nombre de aquella generacion pacífica, que me mostrase benigno.»

«¡ Ah! ¿ Cómo resistir á su ruegos? ¿ Cómo olvidar la caridad de Zacarias? Hice levantar á todas aquellas mujeres.»

«— Hermanas mías, les dije, os concedo el perdon que me pedis en nombre de Jesucristo, nuestro comun Señor. Vosotras, por vuestra parte, me responderéis de vuestros esposos, y me daré por satisfecho cuando me hayais prometido que permanecerán fieles á César.»

«Los armixanos prorumpieron en gritos de júbilo, ensalzando hasta las nubes una clemencia que tan

(1) Nantes.

doco me costaba. Antes de despedirlas, les arranqué la promesa de que renunciarían á sacrificios horrosos sin duda, puesto que habían sido proscritos hasta por Tiberio y Claudio. Exigí, no obstante, me fuesen entregados la druidesa Velleda y su padre Segenax, primer magistrado de los redones. Aquella misma noche me fueron presentados entrambos rehenes, y les dí el castillo por asilo. Hice salir una flota que halló á la de los francos y la obligó á alejarse de las costas de la Armórica. De este modo quedó plenamente restablecido el orden. Esta aventura, por consiguiente, tuvo para mí solo las consecuencias de que me resta hablarlos.»

Eudoro se interrumpió de repente; se mostró turbado, bajó los ojos, y luego los dirigió á su pesar á Cimodocea, que se ruborizó como si hubiese penetrado el pensamiento de Eudoro. Cirilo advirtió su mutua turbación, y dirigiéndose á la esposa de Lastenes, le dijo:

«Séfora, quiero ofrecer el santo sacrificio por Eudoro, cuando haya acabado de contar su historia. ¿Podrías hacerme preparar el altar?»

Séfora se levantó y sus hijas la siguieron. La tímida Cimodocea no se atrevió á quedarse sola con los ancianos, y acompañó á las mujeres, no sin experimentar mortal disgusto.

Demodoco, que la veía cruzar cual ligera corza por el césped del jardín, exclamó lleno de alegría:

«¿Qué gloria puede igualar á la de un padre que ve á su hijo crecer y hermostarse á su vista! El mismo Júpiter amó tiernamente á su hijo Hércules, y á pesar de ser inmortal, experimentó temores y agonias mortales porque había adoptado el corazón de padre. ¡Querido Eudoro! tú causas las mismas inquietudes y los mismos placeres á los tuyos. Prosigue tu historia. Amo, te lo confieso á tus cristianos: hijos de las Súplicas, acuden á todas partes como sus madres, en pos de la Injuria, para reparar el mal que esta ha causado. Son valientes como leones y tiernos como palomas; abrigan un corazón tranquilo é inteligente: ¡lástima grande por cierto que no conozcan á Júpiter! Pero yo, Eudoro, continuo hablando á pesar del deseo que tengo de oírte. Tal; empero es, hijo mio, la condicion de los viejos: cuando han empezado un discurso, se embelesan con su propia sabiduría; un dios les impele, y no pueden ya detenerse.»

Eudoro volvió á tomar la palabra.

LIBRO DÉCIMO.

SUMARIO. Continuación de la historia. Fin del episodio de Velleda.

«YA os he dicho, señores, que Velleda habitaba el castillo con su padre. Los pesares y la inquietud despertaron desde luego en Segenax una fiebre ardiente, durante la cual le prodigué todos los auxilios que exigía la humanidad, y todos los días iba á visitar al padre y á la hija en la torre á donde les había hecho trasladar. Esta conducta, diferente de la de otros comandantes romanos, escitó una viva gratitud en los dos desgraciados: el anciano volvió á la vida, y la druidesa, que había mostrado al principio un profundo abatimiento, mostróse en breve mas contenta. Encontrábalas paseando sola con alegre aspecto los patios del castillo, las salas, las galerías, los pasadizos secretos y las escaleras circulares que conducían á las habitaciones altas de la fortaleza; multiplicábase á mi paso, y cuando la juzgaba al lado de su padre, se dejaba ver de repente en el fondo de un oscuro corredor, á manera de fantástica aparición.

«Esta mujer era extraordinaria. Tenia, como todas las galas, algo de caprichoso y atractivo: su mi-

rada era viva, su boca descubría una espresion un tanto desdeñosa, y su sonrisa era notablemente dulce y espiritual. Sus ademanes ora eran altivos, ora voluptuosos, y en el conjunto de su persona advertíase á la par el abandono y la dignidad, la inocencia y el artificio. Grande hubiera sido mi sorpresa al hallar en una especie de salvaje un conocimiento profundo de las letras griegas y de la historia de su país, á no haber sabido que Velleda descendía de la familia del archidruida, y que había sido educada por un senani para ser incorporada al orden sabio de los sacerdotes galos. El orgullo dominaba en esta bárbara, y la exaltacion de sus ideas rayaba algunas veces en el delirio.

«Una noche, yo vigilaba solo en una sala de armas desde donde no se descubría el cielo sino por medio de estrechas y largas aberturas practicadas en el espesor de las piedras. Algunos rayos de las estrellas, deslizándose á través de estas grietas, hacían brillar las lanzas y las águilas, simétricamente colocadas á lo largo de las paredes. No había encendido luz, y paseaba en medio de las tinieblas.

«De improviso, un pálido crepúsculo blanquea las sombras en una de las estremidades de la galería; la inesperada claridad crece por grados y no tarda en descubrir á Velleda, en cuya mano resplandecía una de esas lámparas romanas que penden de una cadena de oro. Sus rubios cabellos, prendidos á la griega en la parte superior de su cabeza, estaban adornados de una corona de verbena, planta sagrada entre los druidas, y su vestidura se reducía á una blanca túnica. La hija de un monarca ostenta menos hermosa, nobleza y magestad.

«Colgó su lámpara de las correas de un broquel, y dirigiéndose hácia mí me dijo:

«Mi padre duerme; ¡séntate y escucha!»

«Desprendí de la pared un trofeo de picas y dardos que coloqué en el suelo, y nos sentamos sobre aquel grupo de armas en frente de la lámpara.

«¿Sabes, me dijo entonces la jóven bárbara, que soy hada?»

«Pídeme la esplicacion de esta palabra.

«Las hadas galas, respondió, tienen el poder de desatar las tempestades, de conjurarlas, de hacerse invisibles y de tomar la forma de diferentes animales.

«No reconozco semejante poder, le repliqué con gravedad. ¿Cómo puedes creer razonablemente que posees un poder que nunca has ejercido? Mi religion se ofende de tan absurdas supersticiones. Las tempestades solo obedecen á Dios.

«No te hablo de tu Dios, replicó con impaciencia. Dime: ¿has oído la última noche el gemido de una fuente en los bosques, y la queja de la brisa en la yerba que bajo tu ventana crece? ¿Pues bien! yo suspiraba en esa fuente y en esa brisa, porque he observado que amas el murmullo de las aguas y de los vientos.»

«Compadécime de aquella insensata, que leyendo este sentimiento en mi semblante, me dijo:

«Te inspiro lástima; pero si me conceptuas loca, atribúyelo á tí mismo. ¿Por qué has salvado á mi padre con tanta bondad? ¿por qué me has tratado con tanta dulzura? Soy virgen, virgen de la isla de Saina: empero ya guarde, ya viole mis votos, yo sucumbiré, y tú serás la causa de mi muerte. Hé aquí lo que decirte quería. ¡Adios!»

«Levantóse, y tomando su lámpara desapareció.

«Nunca, señores, he experimentado igual dolor. Nada es tan horroroso como la desgracia de robar la paz á la inocencia. Yo me había adormecido en medio de los peligros, satisfecho con hallar dentro de mí la resolución del bien y la voluntad de tornar un día al abandonado aprisco. Esta tibieza debía ser castigada: yo había mecido en mi corazón las pasiones

con temeraria complacencia, y era justo sufriese el castigo impuesto á las pasiones!

«Por esto me quitó el cielo en aquel momento todo medio de alejar el peligro. Clario, el pastor cristiano, estaba ausente; Segenax hallábase todavía demasiado débil para salir del castillo, y yo no podía sin ofensa de la humanidad, separar á la hija del padre. Vime, pues, obligado á guardar el enemigo cerca de mí y á esponerme, á despecho mio, á sus ataques. En vano cesé de visitar al anciano; en vano me sustraía á la vista de Velleda, porque la hallaba en todas partes; me esperaba días enteros en los lugares por donde no podía dejar de pasar, y en ellos me hablaba de su amor.

«Yo conocía, es cierto, que Velleda jamás me inspiraría un cariño verdadero, pues carecía para mí de ese atractivo secreto que constituye el destino de nuestra existencia; no obstante, la hija de Segenax era jóven, hermosa y apasionada; y cuando sus labios articulaban palabras de fuego, todos mis sentidos experimentaban un total desconcierto.

«A cierta distancia del castillo, en uno de esos bosques llamados castos por los druidas, veíase un árbol muerto que el hierro había despojado de su corteza. Aquella especie de fantasma se hacia distinguir por su palidez en medio de las negras hondonadas del bosque. Adorado bajo el nombre de Irminsul, habíase convertido en una divinidad formidable para los bárbaros, quienes en sus alegrías como en sus pesares, no sabían invocar sino la muerte. En derredor de aquel simulacro, algunas encinas cuyas raíces habían sido regadas con sangre humana, dejaban ver suspensas de sus ramas las armas y las insignias bélicas de los galos; el viento las agitaba en el ramaje, y producian al mútuo choque siniestros rumores.

«Yo iba con frecuencia á visitar aquel santuario. Lleno del recuerdo de la antigua raza de los celtas; cierto día meditaba en el mismo lugar. El aquilon zumbaba á lo lejos y arrancaba del tronco de los árboles grandes manojos de yedra y musgo. Velleda se presentó á mí bruscamente.

«Huyes de mí, me dijo, buscas los lugares mas solitarios para librarte de mi presencia; pero tu propósito es inútil, porque hasta la tempestad te trae á Velleda, como ese musgo marchito que cae á tus piés.»

«Y colocándose en pié delante de mí, cruzó los brazos, me miró de hito en hito, y me dijo:

«Tengo muchas cosas que decirte; quisiera hablar largo rato contigo. Sé que mis quejas te importunan; sé que nunca te inspirarán amor; ¡pero, cruel! yo me deleito en mis confesiones; me complazco en alimentarme de mi llama y en hacerte conocer toda la estension de mi violencia. ¡Ah! ¡cuál si me amases, cuál sería nuestra felicidad! Halláramos para espesarnos, un lenguaje digno del mismo cielo; ahora empero me faltan palabras, porque tu alma no responde á mi alma.»

«Una ráfaga de viento estremeció rúdamente el bosque, y los escudos de metal exhalaban un melancólico quejido. Velleda levantó desfavorida la cabeza, y mirando los suspendidos trofeos, exclamó:

«Las armas de mi padre gimen; ¡oh! ¡alguna calamidad me predican!»

«Despues de un momento de silencio añadió:

«Es preciso, sin embargo, que alguna razon motive tu estraña indiferencia. Tanto amor hubiera debido inspirártelo. Esta frialdad es demasiado extraordinaria.»

«Interrumpióse de nuevo. Saliendo de repente como de una reflexion profunda, exclamó:

«¿He aquí la razon que buscaba! No puedes sufrirme, porque nada digno de tí me es posible ofrecerme.»

«Entonces, acercándose á mí como delirante, y poniendo su mano sobre mi corazón, prosiguió:

«—¡Guerrero! tu corazón permanece tranquilo bajo la mano ardiente del amor; pero tal vez un trono le haria palpar. ¡Habla! ¿quieres el imperio? Una gala lo prometió á Diocleciano; una gala te lo propone; pero aquella gala era únicamente profetisa, y yo soy á la vez profetisa y amante. Todo, por consiguiente, lo puedo en obsequio tuyo; bien lo sabes: muchas veces hemos dispuesto de la púrpura. Armaré en secreto á nuestros guerreros; Teutatés te será favorable, y merced á mi arte obligaré al cielo á secundar tus deseos. Haré salir á los druidas de sus bosques y marcharé yo misma á los combates, llevando en la mano una rama de encina. Y si la suerte nos fuese adversa, hay todavía otras cuevas en las Galias, donde, nueva Eponina, podria ocultar á mi esposo. ¡Ah! ¡desventurada Velleda! ¡hablas de esposo, y nunca serás amada!»

«La voz de la jóven bárbara espira, su mano en mi pecho apoyada, cae sin fuerza; inclina la cabeza y su ardor se apaga en torrentes de lágrimas.

«Esta conversacion me llenó de espanto, pues empecé á temer que mi resistencia seria inútil. Mi ternura era estremada cuando Velleda cesó de hablar, y durante el resto del dia senti sobre mi intranquilo corazón la impresion ardiente de su mano. Queriendo á lo menos hacer un esfuerzo postrero para salvarme, tomé una resolución que en lugar de prevenir el mal contribuyó tan solo á agravarlo, porque cuando Dios se resuelve á castigarnos, vuelve en nuestro daño nuestra propia sabiduría y menosprecia una prudencia hartó tardía.

«Os he dicho que no había podido hacer salir desde luego á Segenax del castillo á causa de su estremada debilidad; pero recobrando el anciano lentamente sus fuerzas y creciendo por momentos el peligro para mí, supuse haber recibido cartas de César en que se me mandaba devolver la libertad á los prisioneros. Velleda quiso hablarme antes de su partida, pero me negué á verla para evitarnos recíprocamente una escena dolorosa; y no permitiéndole su cariño filial abandonar á su padre, le siguió, como yo lo había previsto. Al dia siguiente se presentó á las puertas del castillo, pero le fue dicho que yo había emprendido un viaje. Esto oido, bajó tristemente la cabeza y volvió en silencio al bosque; durante muchos días se presentó del mismo modo pero recibí igual respuesta. La última vez permaneció largo rato apoyada en un árbol, mirando los muros de la fortaleza. Yo la veía á través de una ventana sin poder reprimir mis lágrimas; alejóse al fin con lento paso y no volví á verla.

Empezaba á encontrar un poco de descanso, pues me lisongeaba creyendo que Velleda se había al fin curado de su fatal amor. Cansado del encierro en que me había mantenido, quise respirar el puro ambiente del campo. Arrojé sobre mis espaldas una piel de oso, armé mi brazo con el chuzo de un cazador, y saliendo del castillo, fuí á sentarme en una prominente colina desde donde se descubría el estrecho británico.

«Semejante á Ulises recordando su Itaca, ó á los troyanos desterrados en los campos de la Sicilia, yo miraba la vasta estension de las olas y lloraba. Nacido al pié del monte Taigeto, pensaba, el melancólico murmullo del mar es el primer rumor que hirió mi oído al abrir mis ojos á la luz. ¡En cuántas playas he visto despues estrellarse las mismas olas que ora miro romperse á mis piés! ¡Quién me hubiese dicho algunos años há que oiria gemir en las costas de Italia, en las arenosas playas de los bátavos, de los bretones y los galos aquellas olas que veía espaciarse y desenvolverse en las hermosas playas de la Mesenia! ¿Cuál será el término de mis peregrinaciones? ¡Feliz yo si la muerte me hubiese sorprendido antes de haber empezado mis escursiones sobre la tierra,